

Los troncos de Bracho

CARLOS BRACHO

TRANCO I

Hay recuerdos que al venir a nuestra mente el alma se alegra, el espíritu recobra su talante burlón y una sonrisa, como la lágrima, furtiva, aparece en el rostro. Sí, suele ser así. Y esos buenos recuerdos llenan el profundo hueco que van dejando los sinsabores y olores malignos que la vida diaria nos va deparando. Esos breves momentos de alegría guardada recompensan, con creces, las malditas dagas que los políticos nos van encajando en los cuatro costados. Los instantes plenos nos reconcilian con lo mejor que la mujer puede darnos y que nosotros, hombres necios, también les lanzamos nuestro óptimo calor con singular alegría. Tiempo ese, el vivido ayer, que nos llenó los ojos, la piel, las manos por el suave contacto con otra piel, el de ella, las manos, de ella, los ojos, de ella, y luego de la faena prodigiosa que nos llevó a recorrer halos y vahos y etéreos suspiros, queda, como digo, la impresión eterna de aquel suceso. Y eso nos marca, eso permanece, eso queda en uno con valores indelebles.

¿Y a qué viene esta historia? ¿A qué se debe este regreso del antaño? ¿A qué? Respuesta: Todas las lectoras de nuestro Búho ojeroso saben que la comida, la buena comida, el vino, el licor y los postres son figuras esenciales para disfrutar aquello que la vida ofrece a quien sabe paladear, sabe combinar, sabe catar, sabe degustar los frutos de la tierra, de la mies, de los vegetales henchidos de gloria, de las carnes lujuriosas, de los peces insolubles. Sí, la naturaleza es pródiga y nos entrega aquello que constituye, por ejemplo, un banquete tridimensional y lleno de efluvios dionisiacos. Nueva explicación: esto viene a cuento porque -aterrizo- Karla a la que no había visto en varias semanas, y

por ende la urgencia de verla era de una dimensión innombrable. Nos dimos cita en el Paxia. Daniel, joven y enterado y fino y hábil chef, ni tardo ni perezoso movió a su gente, y ante nuestra mesa las sorpresas y los sortilegios y las magias de la cocina comenzaron a desfilarse. Aquello fue el reencuentro de dos seres que aman el buen comer, Karla y yo. Qué traía Daniel a nuestra vista para luego ser llevada a nuestra boca, empiezo y tome asiento, lectora insumisa: Corcholatas de pollo con frijol, chile chipotle, queso fresco, aguacate y un toque de crema fresca. ¡Eso para empezar!

-El vino, los blancos y el tinto, eran de Baja California. Llegó luego, ante el azoro de Karla y mío, unos Ataditos de espárragos salteados con queso parmesano y reducción de vinagre balsámico. Pero amigas, las sorpresas continuaron, y claro la charla fue amena, fue larga -de cuando en ves mi mano pendenciera, como no queriendo, tomaba el brazo desnudo de Karla-. Las viandas corrían, y aquí digo lo que arribó a tiempo a nuestras bocas: Aguachile de camarón. No es necesario explicarle a usted, amiga lectora que de todo esto las cantidades eran pequeñas -de lo bueno poco, decían las abuelas con razón. Y luego para quitar los sabores anteriores llegó un riquísimo Raspado de limón y albahaca. Huuummm. El cielo, las nubes... Eso dio paso a lo fuerte, a lo fundamental, a lo que constituye la parte estelar de toda gran comida que se precie de serlo, claro que Daniel Ovadía, nos pidió que hiciéramos una elección de entre varias oportunidades que Ricardo Carrillo Reyes, Chef ejecutivo, prepararía con sus manos y con su arte de la cocina eterna. Yo, ni tardo ni perezoso, y como mal caballero me adelanté al pedido de Karla, le dije a Daniel, que por cierto es el Chef propietario, que me habían hechizado ya unos Raviolos rellenos de huitlacoche en salsa de tres quesos. Karla dijo que ella prefería el Filete Paxia con huitlacoche gratinado y salsa de chile poblano. Para qué decir que aquello fue el aquelarre, fue el viaje a las estrellas rutilantes, fue el caminar por los senderos del Edén culinario, fue pasear por los anillos de Saturno. Sí, qué sabores, qué combinaciones maquiavélicas y redondas y qué hallazgos estratosféricos los de esa tarde en ese lugar de los sabores celestiales. De veras, no exagero. Vaya usted y compruébelo. Claro quizá no le sepa igual, porque Karla, lector irredento, no irá con usted. Pero si su otra Karla lo acompaña, quizá la tarde la pase con el ¡Dios, qué rico! En la boca. Bien, para finalizar aquella comunión de

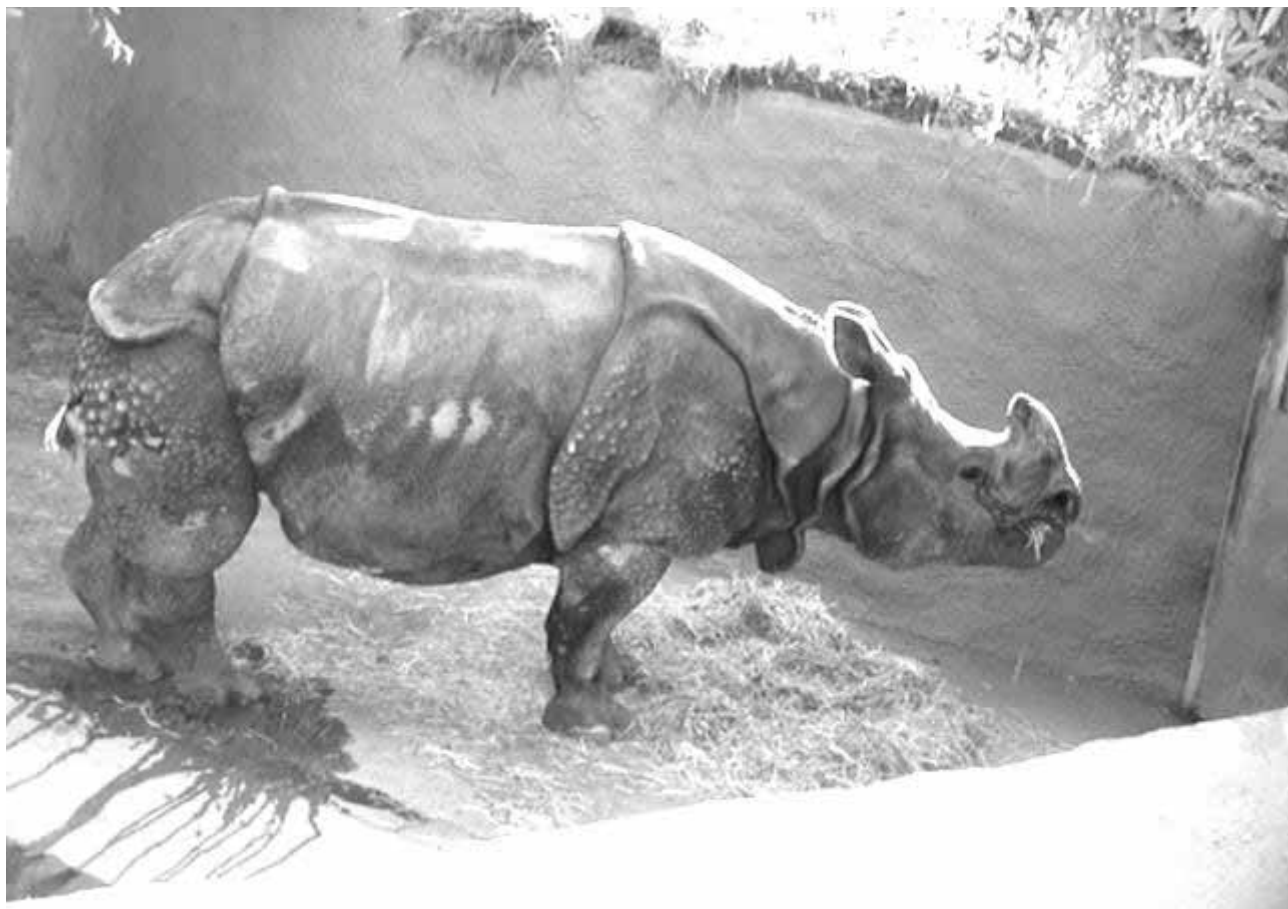
color, sabor, olor -y una que otra caricia que le plantaba a la distraída Karla- ¡Zas! Que llega el postre; para qué le digo lo que nos produjo en todo el cuerpo: Crujiente de manzana verde... sí, también lo dicen las tías, ese dulce estaba como para chuparse los dedos. Perdón, yo sí me los chupé, sí, lo confieso, no podía dejar en la servilleta nada de aquel festín de ensueño. No miento. Así fue. Allí está mi boca, mi paladar, mis oídos, mi vista, mi nariz, para que usted, amiga liberal lo compruebe. De esos recuerdos son a los que yo hacía mención arriba de este escrito hecho un poco al desgaire, pero escrito con verdadero candor y con ganas de que alguien más lo repita.

Karla y yo salimos -Daniel y Ricardo, amables, a pesar de los comensales que los requerían, nos acompañaron hasta la puerta. El sol se iba ocultando, el viento se sentía un poco fresco. Abracé a Karla, caminamos por aquellas calles empedradas, hablamos de la comida pantagruélica que momentos antes habíamos disfrutado. De pronto la luna se hizo presente. Nos sentamos en una banca del lugar. Ella se recargó en mi hombro, suspiró, le tomé la cara y...

Señoras y señores, amigos y amigas, lectores constantes de este Universo de El Búho, ya lo saben que soy un caballero y que no voy a revelar lo que hicimos Karla y yo, no, no lo puedo contar. Me puede usted poner en el pecho la espada de D'Artagnan, me puede apuntar con el cañón que mata niños en Afganistán y de mi boca no saldrá nada de lo hice -hicimos- aquella noche. La noche es negra, es oscura, así lo es desde tiempos inmemoriales para ocultar lo que sucede entre dos seres que están vivos, que se aman, que se quieren, que se necesitan. La noche es para que Eros y Venus se den el vuelo que los cuerpos merecen. Y más si esos cuerpos se han nutrido con las viandas que he narrado, y más si el maná celeste nos nutrió con vastedad en ese Paxia de luz y estrellas

y más si el vino que corrió por nuestras venas nos impulsó a vencer los miedos ancestrales y más si las almas aventureras están dispuestas para salir con Baco, si los espíritus desean comer comidas de cardenal lúdico. Digo ¿np? Vale. Abur. 🍷

www.carlosbracho.com



Carlos Bracho